

Angustias y predicciones apocalípticas ante el año 2000

José Luis Martín Cárdbaba*

EL hombre occidental practica con pasión el «carpe diem» horaciano. Procura desterrar conscientemente de su vida cualquier referencia a la visión medieval del mundo «sub luce aeternitatis». Es cierto que asiste al relato diario de desgracias individuales y catástrofes colectivas, pero lo hace, a veces, de manera descomprometida, cómodamente sentado. Quizá se plantea en alguna ocasión, con un planteamiento remoto, la posibilidad de pasar de mero espectador a sujeto activo de la noticia luctuosa o de la calamidad ocurrida. Ya no hay regiones apartadas, y los medios de comunicación ponen en nuestras pantallas lo que ocurre en cualquier rincón del mundo. Y lo que pasa allí podría pasarme también a mí. Pero ante ese bombardeo informativo que encoge los ánimos, no pocos giran hacia el goce hedonista, hacia el pesimismo o hacia la conversión religiosa.

El horizonte de la mayoría de las vidas humanas queda anclado en la

* Licenciado en Filosofía. Bonn (Alemania).

diversión del más acá. Hay no pequeña desilusión ante los valores, que puede ser consecuencia, entre otras cosas, de una concepción filosófica endeble o de un secularismo que cierra herméticamente sus ventanas a la trascendencia.

Podría decirse, con Spengler, que domina un nihilismo pesimista en el que la experiencia de lo histórico queda reducida a aceptar pasivamente el porvenir. Los extremos de la historia, el nacimiento y la muerte, se asumen como casualidad. Desde la Revolución Francesa, el ser humano se esfuerza por superar la historia de lo casual y contingente y pone su fe y la causalidad en el mundo científico-técnico. Por ello, sorprende más que en ese clima haya una profusión cuantiosa de literatura apocalíptica. Junto al hedonismo generalizado, aparece un proselitismo religioso en forma de las más variadas sectas, comunidades o iglesias. Y entonces surge la pregunta: el pasotismo, el escepticismo, la credulidad neófila ¿serán simplemente una moda «fin de siecle» o remedios oníricos, calmantes para superar los terrores y las angustias del posible más allá?

Es cierto que la experiencia personal del dolor y la interiorización de decepciones, frustraciones y violencias (guerras civiles, barbarie, terrorismo, infecciones, desocupación, atentados contra la naturaleza) no favorecen la quietud del espíritu ni el optimismo, si faltan claves éticas, filantrópicas o religiosas de interpretación.

Un nuevo milenarismo

A cuatro pasos del año 2000, una especie de histeria colectiva o, como diría Jung, de «inconsciencia colectiva» nos vuelca activa o pasivamente hacia una bibliografía apocalíptica con índices escatológicos y visionarios sobre un siglo que arrastra en su agonía al segundo milenio del calendario cristiano. Y nos topamos así con sociólogos, filósofos, teólogos, historiadores y politólogos de variados ámbitos culturales voceando mensajes proféticos, anticipadores del «fin de los tiempos» en la mejor y más rancia tradición de las revelaciones perso-judeo-cristianas. Da la impresión de que asistimos a una representación finisecular –trágica o de «science fiction», según preferencias– cuyo guión se repite siglo tras siglo al ir consumiéndose el decenio que preside el número nueve. Parece en nuestro caso como la restauración de un movimiento quiliasta análogo al de los «terrores del año 1000», fecha asociada por sus contemporáneos al fin del mundo. Si bien fuera esa pavorosa asociación fruto de la historiografía romántica o de la literatura de imaginación más que de real expectación de

una nueva cristofanía y del «novísimo día». (Coincidiendo con los mayores desastres de la cristiandad continental, se multiplicaron las profecías sobre el fin del mundo —¿año 970, 1030?—. Ciertamente se dio una gravísima agitación credencial y social, pero basta ver las empresas arquitectónicas emprendidas para refutar esos pánicos colectivos y para comprender que aquellas gentes confiaban plenamente en un mañana).

A pesar de la desmitificación racional del calendario —relativa medición del tiempo y orientación de la historia, que depende del punto inicial de referencia—, ciertos guarismos aplicados al tiempo siempre han tenido una atracción especial como hitos o meta final de y para alguna empresa o tragedia humana. Y el capítulo 20 del Apocalipsis de Juan es aún objeto de hermenéuticas especulativas, aunque ni se le cite ni se le tenga presente directamente. Ya hace unos años el politólogo americano F. Fukujama proclamaba, con gran escándalo de sus receptores, el «Fin de la Historia» en un libro del mismo título. Pero donde no puede suceder nada nuevo, como dice Moltmann, termina la esperanza, ya que esperanza e historia real van conectadas, pues son el espacio real de lo posible. En sintonía con Fukujama, deja oír su voz posteriormente un coro de intelectuales serios y sesudos que dan respetuosidad a las tesis de «tiempo final», aunque se asemejen en sus conclusiones al conglomerado de terrores y angustias amasado por agoreros sectarios.

Sectarismo y apocalíptica laica

INSINUÁBAMOS que el fenómeno de las sectas no surge por generación espontánea, sino como respuesta a los anhelos salvíficos que anidan en los corazones humanos, perdidos en el laberinto de un sistema político económico asfixiante y sin salidas satisfactorias. Frente a la competencia y el beneficio a ultranza de la teoría y praxis capitalista, frente a las disfunciones entre lo dicho y hecho por creyentes de religiones establecidas, las sectas abren resquicios de esperanza, de humanismo, de fraternidad aplicadas y una sensación de elitismo (estar entre los santos o elegidos), que satisfacen y compensan al individuo y que serán premiados «el último día», para ellos ya cercano. Puede verse en su doctrina el binomio de los esquemas apocalípticos judeo-cristianos: separación de buenos y malos, aniquilación del Reino de la Justicia. Es una escatología patética que engancha tanto a creyentes de religiones con casi dos mil años de consistencia como a ateos tanteantes. Unos y otros se incorporan a esas comunidades,

aunque algunas estén lideradas por charlatanes, sermoneros o espiritualistas que llevan, en el extremo de su fanatismo/convicción, a la autoinmolación o al suicidio colectivo en una liturgia de ritos victimistas y de oblación (Templo del Sol, secta Aum de Japón) precisamente porque creen llegada la madurez de los tiempos y la «parousía» de un mesías o redentor.

Al lado de estas proselitistas, pero aplicando aproximaciones metodológicas propiamente de saber, detectamos la ya mentada corriente apocalíptica «laica» (si se nos permite el término), dado que sus advertencias «proféticas» no son de tipo salvífico, ni con tonalidades espiritualistas o reveladas, sino que responden a un pesimismo intelectual, resultante de la valoración de hechos presentes o históricos capaces de proyección futura. Emanan aquellas, pues, de hombres de saber que no de fe. Así, el filósofo francés Paul Virilo vaticina un colapso de la política tras el año 2000 y una purificación de la humanidad que «pasa por el fuego». «Sólo después de la destrucción hay futuro». Es cita literal. El escritor alemán, Bodo Strauss, antedice igualmente «conflictos» que no pueden ser resueltos o pacificados con instrumentos o medios económicos. Son signos sísmicos «de una catástrofe». Su compatriota y pensador ex comunista, Rudolf Bahro, de sobra conocido por su obra *Die Alternative* (en la que pretendió superar las contradicciones y crisis del socialismo real), predica desde su cátedra de la Universidad Libre de Berlín un «ecoapocalipsis» o crisis ecológica, apelando a comportamientos más racionales y de sentido común ante la amenazante autodestrucción del hombre, que va aparejada con la violentación de la naturaleza. Lo único que nos salvará —solución de Bahro— es una «mutación espiritual de la consciencia». La conversión pasa por superar el materialismo consumista.

El politólogo americano Samuel P. Hunting pronostica con el fin del segundo milenio un «clash of civilizations», tanto en Occidente como en Oriente. Su colega francés, Alain Minc, agora el fin de todo progreso y «un retorno a la Edad Media». Y el conocido representante de la Escuela de Frankfurt, Hans M. Enzensberger, bajo la influencia tal vez de lo que sucede en la ex Yugoslavia, presagia un «nuevo orden mundial bajo el signo de la guerra civil». Citaré finalmente el testimonio del profesor berlinés, Alexander Domandt, catedrático de Historia Antigua. Al concluir su seminario sobre el tema «Endzeit» (Tiempo Final), mediados los ochenta, propuso a sus alumnos que contestasen a un cuestionario. En una de las preguntas se les pedía que imaginasen el mundo del año 2000. La mayoría de ellos (con muy poca fantasía, habría que apostillar) estaban convencidos de que continuaría la división del mundo en tres bloques: el Oeste, el Este y el Tercer Mundo. La minoría imaginaba un mundo diverso como consecuencia

de una catástrofe atómica, de una tercera guerra mundial o un fin progresivo del planeta como consecuencia de una crisis grave medioambiental. Por otro lado también los economistas miran cada vez con más preocupación hacia el futuro, previniéndonos de mistificadores que venden paraísos de bienestar perdurable. La creencia en el crecimiento continuado y sin fronteras y la fe ciega en el progreso humano contrastan con las incertezas actuales y la prudencia ante el porvenir: escasez de trabajo (masas en paro), limitación de recursos y bienes (agotamiento de materias primas) y agresión a la naturaleza (desaparición de especies, deforestación, desertización, sequía).

Desarrollismo incontrolado

LAS nuevas «plagas» desatadas por la civilización y el progreso (energía atómica, peste rosa o SIDA, técnicas genéticas y cibernéticas) escapan al dominio del hombre e, incontroladas, llevarán a la larga a su destrucción. Mientras que los políticos de oficio programan la supranacionalidad y las federaciones de estados como solución de futuro, el diplomático y politólogo francés J-M Guéhenno profetiza «el fin de la democracia» (título de su libro) con la decadencia de las naciones y estados absorbidos por el poder y dominio de unos cuantos *holdings* y compañías multinacionales que impondrán sus políticas y operarán a su gusto por todo el globo. Mac Luhan, descubridor de la llamada «era postliteraria», es decir, de la desaparición de la cultura escrita, sofocada por la cultura de la imagen, tiene un émulo en el americano Barry Sanders, que culpa a la «calculadora» y en definitiva a la cibernética de la «pérdida de la cultura del lenguaje». Se expande un analfabetismo civilizado, trágico, atrapado en la facilidad, comodidad y pasividad que ofrecen los programas de ordenador.

En las revelaciones apocalípticas clásicas los visionarios se afanaban por mezclar a Dios o al demonio en los negocios humanos, les hacían intervenir en la historia. Observará el lector por los testimonios aquí recogidos que ese determinismo o providencialismo están ausentes en las hipótesis catastrofistas actuales: el hombre y sólo el hombre es responsable de la historia, destructor de la naturaleza y autor del caos universal; pero también salta a la vista una segunda diferencia en la comparación de las bibliografías apocalípticas pasada y moderna. En las de esquema tradicional, a la destrucción y catástrofes sigue el triunfo del Bien/Justicia y un eterno período de salvación/paz. Los manifiestos apocalípticos de corte moderno, aparte de los

males y sufrimientos venideros, no ofrecen ni seguridad política ni firmeza ideológica ni redención religiosa. Sólo testimonian y denuncian la presencia venidera de lo que Hegel llama «el gigantesco poder de lo negativo». En definitiva les falta la segunda parte del binomio apocalíptico. Pero las incógnitas históricas son muy difíciles de despejar y si no ¿quién habría adelantado la caída del muro de Berlín o del comunismo mediados los años ochenta?

Llegará con seguridad el año 2000 y continuará corriendo el calendario. La historia avanzará con altibajos, vacas gordas y flacas, zozobras y garantías. ¿Una historia sin opciones, sin alternativas aun en las desgracias? Me parece un absurdo.